



LITERATURA UNIVERSAL

2º BACHILLERATO



Jesús Álvaro Sáenz de la Torre de Trassierra

**LITERATURA UNIVERSAL
2º BACHILLERATO**

Jesús Álvaro Sáenz de la Torre de Trassierra

Autor: Jesús Álvaro Sáenz de la Torre de Trassierra

Maquetación: Patricia Penavella Soto

Imprime: Publidisa, S.A.

ISBN: 978-84-940506-1-9

Depósito Legal: V-2525-2012

Printed in Spain/Impreso en España.

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de ninguna parte de este libro, ni de imágenes ni de texto, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico o de otro modo, tanto conocida como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni está permitido almacenarlo en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Alguna de las imágenes que incluye este libro son reproducciones que se han realizado acogiéndose al derecho de cita que aparece en el artículo 32 de la Ley 22/18987, del 11 de noviembre, de la Propiedad intelectual. Educàlia Editorial agradece a todas las instituciones, tanto públicas como privadas, citadas en estas páginas, su colaboración y pide disculpas por la posible omisión involuntaria de algunas de ellas.

Educàlia Editorial S.L.

Avda. Jacarandas nº 2 - loft 326-327 - 46100 Burjassot - València

Tel: 96 327 35 17

E-Mail: educaliaeditorial@e-ducalia.com

www.e-ducalia.com

PROGRAMA DE LITERATURA UNIVERSAL

BLOQUE I.- LAS LITERATURAS DE LA ANTIGÜEDAD

- 1.1. Los poemas homéricos: argumento y características.
- 1.2. El teatro griego: La tragedia.
- 1.3. Los grandes poetas latinos: Virgilio, Horacio, Ovidio.
- 1.4. La Biblia: libros y repercusión literaria.

Lectura: Sófocles, “Edipo Rey”.

BLOQUE II.- FORMACIÓN LITERARIA DE LA CONCIENCIA EUROPEA

- 2.1. La épica medieval.
- 2.2. La poesía de los trovadores.
- 2.3. El mundo medieval en un libro: “Divina Comedia”.
- 2.4. El “Decamerón” y otras colecciones de relatos.

Lectura: Dante, “Divina Comedia”, El Infierno, Cantos I-VIII.

BLOQUE III.- LA ENTRADA EN LA EDAD MODERNA (SIGLOS XVI Y XVII)

- 3.1. La lírica petrarquista en el Renacimiento y el Barroco.
- 3.2. Teatro clásico francés.
- 3.3. El teatro isabelino: Shakespeare.
- 3.4. Cervantes y los orígenes de la novela moderna.

Lectura: Shakespeare, “Hamlet”.

BLOQUE IV.- ILUSTRACIÓN, REVOLUCIÓN ROMÁNTICA, CONTESTACIÓN REALISTA

- 4.1. Ilustración y Neoclasicismo.
- 4.2. Romanticismo europeo.
- 4.3. Cervantes y los orígenes de la novela moderna.

Lectura: Flaubert, “Madame Bovary”.

BLOQUE V.- CRISIS FINISECULAR Y SIGLO XX: POESÍA Y TEATRO

- 5.1. Simbolismo y modernidad poética: autores más relevantes.
- 5.2. El espíritu de la vanguardia: El Surrealismo.
- 5.3. Reacción contra el teatro clásico: teatro épico y del absurdo.

Lectura: Baudelaire, “Las flores del mal” (“Spleen e ideal”).

BLOQUE VI.- LA NOVELA EN EL SIGLO XX

- 6.1. Renovación narrativa de principios de siglo: Kafka, Proust, Joyce, Mann.
- 6.2. La novela estadounidense: la “Generación perdida”.
- 6.3. La narrativa hispanoamericana: el realismo mágico.

Lectura: Kafka, “La Metamorfosis”.

Tema 1.1.- Los poemas homéricos: argumento y características

1.- Mito y Mitología

La religión griega era básicamente una “mitología” o “historia de los seres divinos y semidivinos”. A diferencia de las religiones posteriores, no contaba con un libro sagrado, ni con dogmas de fe, ni con un clero jerarquizado que interpretara la doctrina correcta o persiguiera a los herejes, lo cual explica la gran libertad de los griegos en la creación de sus mitos y las diferentes versiones que se hicieron de un mismo mito. Se da el nombre de “mitología griega” al conjunto de relatos maravillosos y leyendas de todo tipo, cuyos protagonistas son siempre dioses o héroes, que circularon, de forma oral primero y escrita después, a partir del siglo IX a.C. Los mitos servían para forjar la identidad de los pueblos, al hablar de las hazañas de dioses y héroes fundadores de ciudades o emparentados con su tierra; los héroes tenían siempre relaciones familiares con uno o más dioses –Aquiles es hijo de Tetis, Helena de Zeus, etc.– y este linaje divino justificó desde tiempos remotos la existencia de las diferentes monarquías griegas, el estilo de vida aristocrático y las grandes diferencias sociales.

Pero el mito griego era también un primer intento de explicar coherentemente el mundo y la vida humana en una época anterior a la aparición de la ciencia y la filosofía. Así, si un volcán entraba en erupción era porque el dios Hefesto trabajaba en su fragua, Eco no era un simple sonido que resonaba en las rocas, sino la ninfa llorosa que por el amor de Narciso pena; si llegaba el invierno y los árboles perdían las hojas, la tierra se quedaba fría y despojada y hasta los pájaros dejaban de cantar, era porque Perséfone-Proserpina debía pasar tres meses en el Hades lejos de su madre Deméter, la cual se negaba a ocuparse de la tierra hasta el regreso de su amada hija en primavera; si Edipo tuvo relaciones sexuales con su madre o Heracles mató a su esposa fue porque los dioses habían dispuesto así su destino...El mito intentaba explicar todo aquello para lo que la razón humana no tenía una respuesta clara, y era un reflejo de la parte irracional del pensamiento humano, que la experiencia demostraba que estaba dominado en muchas ocasiones por las emociones y las pasiones y no siempre por la sensatez. A partir del siglo VI A.C. se produce en Grecia el paso del *mito* o pensamiento religioso-intuitivo al *logos* o pensamiento racional. Pero la aparición de la ciencia y la filosofía no hizo desaparecer el mito y su inagotable riqueza de ilustrar la naturaleza humana, al contrario, un filósofo tan racionalista como Platón recurre a ellos continuamente, los grandes trágicos obtienen del mito sus argumentos, y los poetas y los artistas o intelectuales de todas las épocas hasta nuestros días han buscado inspiración o respuesta en este tipo de relatos ,que pueden ser falsos desde el punto de vista histórico o lógico, pero que han captado con tanta verdad la esencia del alma humana.

Hesíodo y Homero (ambos del s. VIII a.C.) fueron los primeros en fijar por escrito gran parte de estas leyendas que circulaban por tradición oral y utilizaron todo este patrimonio no escrito para darle una forma y una jerarquía y lo adaptaron a obras literarias que, sin embargo, muestran una extraordinaria belleza formal y creativa.

Hesíodo en la “Teogonía” canta las generaciones divinas de los Inmortales y da una explicación al origen del mundo: Al principio fue el caos, de él surgió Gea, la Tierra, que engendró a Urano, el Cielo, éste la forzaba y de esta unión nacieron seres monstruosos, puras fuerzas de la naturaleza, 12 Titanes, 3 Cíclopes y 3 Gigantes. El mas pequeño de los titanes, Crono-Saturno, azuzado por su madre, castró a su padre, se casó con su hermana Rea-Cibeles y ocupó el trono del mundo. Temiendo que uno de sus hijos hiciera con él lo mismo que él había hecho con su padre –se lo había revelado un oráculo de Gea–, los iba devorando a medida que nacían, tres hijas: Hera-Juno, Hestia-Vesta y Deméter-Ceres, y dos hijos: Hades-Plutón, Posidón-Neptuno. Pero cuando nació el sexto, Zeus-Júpiter, Rea lo escondió en Creta y ofreció a su esposo una piedra envuelta en pañales. Cuando Zeus creció ofreció

a Crono una pócima que le hizo vomitar a sus 5 hermanos e inició una guerra contra los antiguos dioses, inaugurando el ciclo de los nuevos dioses olímpicos, dioses que ya no representan fuerzas de la naturaleza, sino que son antropomorfos y cuentan con las virtudes y defectos de los humanos, de los que sólo se diferencian porque son inmortales.

Los dioses olímpicos:

Zeus-Júpiter: padre de los dioses, dios supremo del cielo, gran protector de la justicia y el orden social.

Hera-Juno: esposa de Zeus, diosa del matrimonio y la fidelidad.

Hades-Plutón: dios de los muertos y la vida de ultratumba.

Hestia-Vesta: virgen eterna y diosa custodia del fuego sagrado.

Posidón-Neptuno: dios del mar.

Deméter-Ceres: diosa de la agricultura.

A los seis “primeros olímpicos” vinieron a sumarse 8 nuevos dioses, la mayoría hijos o hijas de Zeus:

Afrodita-Venus: diosa del amor.

Apolo: dios de la luz, de la música y de las artes.

Ártemis-Diana: diosa de la caza y la naturaleza salvaje.

Hefesto-Vulcano: dios herrero, señor del fuego.

Atenea-Minerva: diosa de la sabiduría y de la estrategia en la guerra defensiva.

Ares-Marte: dios de la guerra destructiva y ofensiva, el más odiado de los dioses.

Hermes-Mercurio: mensajero de los dioses.

Dioniso-Baco: dios del vino, la fiesta y el éxtasis.

Los principales ciclos heroicos:

- La expedición de los argonautas: Jasón y Medea.
- El ciclo tebano: Edipo y Antígona.
- El ciclo de los Atridas: Agamenón, Clitemnestra.
- Hazañas de Teseo.
- Los trabajos de Heracles-Hércules.
- La guerra de Troya: Aquiles, Patroclo, Ajax, Néstor, Héctor, Paris, Eneas, Helena, Andrómana, etc.
- Las aventuras de Ulises.

Mito y Mitología: Selección de textos

1.- Prometeo y Pandora:

Japeto, uno de los titanes, tuvo tres hijos: Prometeo, Epimeteo y Atlas. Según algunas tradiciones fue Prometeo el que modeló con arcilla a los primeros seres humanos, y al ver que estaban pobremente dotados físicamente en comparación con los otros animales, pues estaban desnudos, sin calzado, sin abrigo natural ni morada e inermes, quiso que Zeus les regalara el secreto del fuego, para garantizar la supervivencia de su especie...Al negarse Zeus, Prometeo entró furtivamente en el taller común de Hefesto y Atenea, robó al dios el fuego y a la diosa la inteligencia y la habilidad para la técnica, la ciencia, la filosofía y el arte, y se las ofreció como regalo al hombre.

Platón, “Protágoras”, 320 d y ss.

Entonces hirió de nuevo el alma de Zeus altitonante y le irritó su corazón cuando vio entre los hombres el brillo que se ve de lejos del fuego. Y al punto, a cambio del fuego, preparó un mal para los hombres:

Modeló de tierra el ilustre patizambo (Hefesto) una imagen con apariencia de casta doncella, por voluntad del Crónida. La diosa Atenea, de ojos de lechuza, le dio ceñidor y la adornó con vestido de resplandeciente blancura; la cubrió desde la cabeza con un velo, maravilla verlo, bordado con sus propias manos; y con deliciosas coronas de fresca hierba trenzada con flores, rodeó sus sienes Palas Atenea. En su cabeza colocó una diadema de oro que él mismo cinceló con sus manos, el ilustre Patizambo, por agrandar a su padre Zeus. A la áurea Afrodita le pidió que derramara sobre su cabeza la gracia, la irresistible sensualidad y los halagos cautivadores, y Hermes le proporcionó un espíritu cínico y un carácter voluble, y le dio el nombre de Pandora.

Luego que preparó el bello mal, a cambio de un bien, la llevó donde estaban los demás dioses y los hombres y un estupor se apoderó de los inmortales dioses y hombres mortales cuando vieron el espinoso engaño, irresistible para los hombres. Pues de ella desciende la estirpe de femeninas mujeres, gran calamidad para los mortales, con los varones conviven sin conformarse con la funesta penuria ni con una vida modesta, sino con la saciedad.

Otro mal les procuró a cambio de aquel bien: El que huyendo del matrimonio y las terribles acciones de las mujeres no quiere casarse, alcanza la funesta vejez sin nadie que le cuide y al morir, los parientes se reparten su hacienda. Y a quien, en cambio, le alcanza el destino del matrimonio y consigue tener una mujer sensata y adornada de recato, éste, durante toda la vida, el mal equipara constantemente al bien. Y quien encuentra una mujer desvergonzada, vive sin cesar con la angustia en su pecho; en su alma y en su corazón; y su mal es incurable.

De esta manera no es posible engañar ni transgredir la voluntad de Zeus; pues ni siquiera el Japetónida, el astuto Prometeo, logró librarse de su terrible cólera, sino que por la fuerza, aunque era muy astuto, lo encadenó con cables de acero a una roca del Cáucaso y le enviaba cada tarde un águila monstruosa que devoraba su hígado, el cual se regeneraba de nuevo y así el suplicio no tenía fin.

Luego que remató su espinoso e irresistible engaño, la irresistible Pandora, se la envió a Epimeteo como regalo de los dioses. Y no se cuidó Epimeteo de que le había advertido Prometeo no aceptar jamás un regalo de manos de Zeus Olímpico, sino devolverlo acto seguido para que nunca sobreviniera una desgracia a los mortales. Luego cayó en la cuenta el que lo aceptó, cuando ya era demasiado tarde y ya era desgraciado.

En efecto, antes vivían sobre la tierra las tribus de hombres libres de males y exentas de la dura fatiga y las penosas enfermedades que acarrearán la muerte a los hombres [...]. Pero aquella mujer, al quitar con sus manos la enorme tapa de una jarra, los dejó diseminarse y procuró a los hombres lamentables inquietudes.

Sólo permaneció allí dentro la Esperanza, aprisionada entre infrangibles muros bajo los bordes de la jarra, y no pudo volar hacia la puerta; pues antes cayó la tapa de la jarra por voluntad de Zeus.

Mil diversas amarguras deambulan entre los hombres: repleta de males está la tierra y repleto el mar. Las enfermedades ya de día ya de noche van y vienen a su capricho entre los hombres acarreando penas a los mortales en silencio, puesto que el providente Zeus les negó el habla. Y así no es posible en ninguna parte escapar a la voluntad de Zeus.

2.- El rapto de Europa:

El insigne padre y soberano de los dioses, enamorado de una princesa fenicia de nombre Europa (“la de grandes ojos”) toma, para seducirla, la apariencia de un manso toro blanco, muge mezclado entre los novillos y va de un lado a otro, espléndido, por la blanda hierba. (...) La hija de Agenor se admira de su hermosura, de que no la ataque ni embista y, aunque le parece muy tierno, al principio teme tocarlo. Se alegra el enamorado (...) y, quitándole un poco de miedo, le ofrece el pecho para que lo acaricie con la mano virginal o los cuernos para que los adorne con guirnaldas frescas, luego ofrece su lomo a la doncella tiria, que monta confiada, y el toro divino se introduce en el mar a una velocidad vertiginosa. Ella con su mano derecha se aferraba a la crin del toro y con la izquierda sujetaba su capa, y su propio miedo le daba un extraño atractivo. Muchas veces encogió sus pies de niña temiendo el contacto del agua que salpicaba, muchas veces el dios sagaz agachó su lomo entre las aguas para que ella se abrazase más fuertemente a su cuello. Al llegar a la playa se puso de pie Zeus (Júpiter) sin cuerno alguno, transformándose de toro en dios. El toro pasó al cielo; a ti, muchacha fenicia, te dejó embarazada Zeus y de esta unión nacieron tres hijos, Minos, Radamantis y Sarpedón, ilustres reyes de Creta, Beocia y Lidia, y quiso Zeus que en tu honor la tercera parte de la tierra lleve tu nombre.

Ovidio, “Metamorfosis” II, 848 y ss.

Pasando el mar el engañoso toro,
volviendo la cerviz, el pie besaba
de la llorosa ninfa, que miraba
perdido de las ropas el decoro.

Entre las aguas y las hebras de oro,
ondas el fresco viento levantaba,
a quien con los suspiros ayudaba
del mal guardado virginal tesoro.

Cayéronsele a Europa de las faldas
las rosas al decirle el toro amores,
y ella con el dolor de sus guirnaldas,

dicen que lleno el rostro de colores,
en perlas convirtió sus esmeraldas,
y dijo: «¡Ay triste yo!, ¡perdí las flores!».

Lope de Vega

2.- Homero

Los poemas más antiguos de la literatura griega (y de toda la literatura occidental) son la *Iliada* y la *Odisea*, fechados en el siglo VIII a. de C. y atribuidos a **Homero**.

La **epopeya** es un subgénero épico, escrito en verso largo (hexámetro), que consiste en la narración extensa de acciones trascendentales o dignas de memoria para un pueblo, en torno a la figura de un héroe que representa sus virtudes de más estima; en ella intervienen muchas veces los dioses y existen elementos fantásticos. Casi siempre estas acciones son guerras o viajes y suelen ser muy extensas. Las epopeyas deben poseer al menos nueve características: 1-Comienzo *in medias res*. 2-El espacio de acción es vasto, cubre muchas naciones o el universo. 3-Invocación preliminar a

la Musa. 4-Formulación inicial del tema. 5-Usos de epítetos. 6-Inclusión de largas enumeraciones. 7-Presencia destacada de discursos largos y formales. 8-Intervención en los asuntos humanos de los dioses. 9-Presencia de héroes que encarnan valores de una nación, civilización o cultura.

La *Iliada* y la *Odisea* son dos poemas épicos compuestos cada uno de ellos por 24 libros o cantos, que constan de un número de versos variable, entre 450 y 900, escritos todos en hexámetros, el metro propio de la épica, y serán la base y modelo de toda la épica posterior. Las dos epopeyas hacen referencia a relatos de la edad heroica y tienen como trasfondo la Guerra de Troya.

La Guerra de Troya:

El motivo de la guerra venía en realidad de lejos, cuando en las bodas de Tetis y Peleo, los padres de Aquiles, la diosa Eris o Discordia, no invitada, arrojó en venganza al convite una manzana de oro (la “manzana de la discordia”) con la inscripción “para la más bella”. Afrodita, Atenea y Hera se disputaron el premio y Zeus nombró como árbitro al troyano Paris, que escogió a Afrodita; desde entonces el rencor de Hera y Atenea se centra en Troya, patria de Paris. Afrodita, a cambio de ser elegida, le había ofrecido a Paris la opción de elegir para sí a la mujer más bella de la tierra. Paris escogió a Helena, reina de Esparta, y aunque se encontraba casada, Afrodita le ayudó en su propósito. El rapto de Helena por Paris ofrece el pretexto adecuado y los distintos pueblos griegos se unen en una expedición común para recuperar a la esposa de Menelao (“bueno en los caballos”), rey de Esparta, dirigida por el rey de reyes Agamenón, hermano de Menelao y rey de Micenas, la principal potencia griega de la época. La flota griega se concentra en el puerto de Aúlida, dispuesta a partir contra Troya, pero una ausencia de viento persistente lo impide. El adivino Calcante dice que la diosa Ártemis está enojada con Agamenón y exige el sacrificio de su hija menor Ifigenia si quieren obtener vientos favorables. Agamenón hace venir a Ifigenia al campamento con el pretexto de que ha concertado su matrimonio con Aquiles y la sacrifica ante la mirada horrorizada de su madre, Clitemnestra, que nunca le perdonará el engaño y la muerte de su hija. El asedio de Troya dura diez años y los griegos no consiguen derribar sus muros y conquistarla. Al fin, Odiseo o Ulises, el héroe más inteligente y astuto, que desde el principio no quería ir a la guerra y fingió estar loco para que no le llevaran y seguir con su apacible vida junto a sus amados esposa e hijo, da con una estratagema, ardid o artimaña que logrará engañar a los troyanos: los griegos fingen retirarse y dejan un caballo de madera como exvoto a sus dioses; los troyanos, contentos al creer haberse librado de tan duros enemigos, abren las puertas de las murallas y lo introducen en Troya, a pesar de las advertencias de la adivina Casandra, condenada por Apolo a decir la verdad de lo que va a ocurrir sin que la crean nunca, y del sacerdote Laoconte, que perece con sus hijos devorados todos por una serpiente que Posidón hace salir del mar. En efecto, el caballo está hueco y dentro hay algunos soldados griegos que, de noche, bajan y abren las puertas de la ciudad al ejército griego, que entra en la plaza y la incendia y saquea, hasta destruirla por completo; los griegos no tienen piedad con los vencidos y se comportan de una manera arrogante e impía, matan a todos los varones, incluidos a los niños -sólo se salva el héroe Eneas, hijo de Afrodita, que lleva a su padre Anquises a hombros, junto con su familia y amigos. El poeta latino Virgilio escribirá después una epopeya en latín protagonizada por él, la *Eneida*-. Aquiles, sin embargo, muere al recibir un flechazo envenenado de Paris en el talón, pero él ya había elegido una vida corta, intensa y gloriosa a una vida larga, sin alicientes y sin gloria. Algo más tarde, Ayax y Odiseo (Ulises) pelean por recuperar el cuerpo del héroe griego y enterrarlo junto al de su amigo Patroclo. Los dioses, especialmente Atenea, se irritan con los griegos por su comportamiento desmesurado en la victoria y deciden que su regreso a casa no sea fácil.

“La Ilíada”

La “Ilíada” recibe el nombre de la ciudad de Ilión o Troya, pero en la obra no se aborda toda la guerra de Troya, sino sólo una pequeña parte. La obra narra los últimos 51 días del asedio por los griegos de la ciudad de Troya, ciudad en la costa Este del Egeo, al norte de Asia Menor. El héroe principal es Aquiles, “el de los pies ligeros”, el mejor guerrero de los griegos, prácticamente invulnerable por haber sido sumergido por su madre, la diosa marina Tetis, en las aguas mágicas de un río, que le han convertido en invulnerable salvo por donde su madre lo sostenía, el talón. Al comenzar la obra hay una gran peste en el campamento griego y Aquiles se ha retirado del combate enfadado porque Agamenón, jefe de la coalición griega, le había quitado a su concubina Briseida, raptada de la ciudad troyana. En consecuencia los combates corren desfavorablemente para los griegos, aunque en ellos se lucen Diomedes (“domador de caballos”), Áyax el Grande, Menelao y su hermano Agamenón (“rey de hombres”), bien aconsejados por el sabio y viejo Néstor, y algunos dioses que asisten a los combates e incluso participan alguna vez en ellos, estimulados por la belleza de la lucha. Apoyan a los griegos Hera, Atenea (“de ojos de lechuza”) y Posidón; apoyan a los troyanos Afrodita, Ares y Apolo (“el que hiere de lejos”); Zeus (“que amontona las nubes”) se declara neutral; aunque en cierto momento apoya a los troyanos por petición de Tetis.

Al ver la terrible mortandad entre los griegos, Patroclo, el amigo íntimo de Aquiles decide vestir su armadura con el propósito de animar a los griegos en el combate, pero el príncipe troyano Héctor, el mejor de los guerreros troyanos y hermano de Paris, lo mata; Aquiles, desolado, decide abandonar su enfurruñada inactividad para vengarse personalmente de los troyanos y de Héctor, lo derrota ante las murallas de Troya y arrastra salvajemente su cuerpo delante de todos los troyanos, incluidos su padre, el rey Príamo, su madre, la reina Hécuba, su esposa, Andrómaca, y su hijo, Astianacte. Y se niega a acceder a sus súplicas de que le dé sepultura. Príamo abandona en secreto Troya y llega a la tienda de Aquiles, logrando conmovir el duro corazón del héroe, de forma que éste accede a que pueda llevarse el cuerpo de Héctor y darle unos dignos funerales. Aquí termina la *Ilíada*.

«Ilíada»: Selección de textos

Principio de la obra:

Μῆνιν ἄειδε θεὰ Πηληϊάδεω Ἀχιλῆος
οὐλομένην, ἣ μυρὶ Ἀχαιοῖς ἄλγε’ ἔθηκεν...

Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves –se cumplía la voluntad de Zeus– desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles.

¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de Leto y de Zeus. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste, y los hombres perecían por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises. Éste, deseando redimir a su hija, se había presentado en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas de Apolo, el que hiere de lejos, que pendían de áureo cetro, en la mano; y a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos, así les suplicaba:

-¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Los dioses, que poseen olímpicos palacios, os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria! Poned en libertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Zeus, a Apolo, el que hiere de lejos.

Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetara al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no gustaba el acuerdo, le despidió de mal modo y con altaneras voces:

-No dé yo contigo, anciano, cerca de las cóncavas naves, ya porque ahora demores tu partida, ya porque vuelvas luego, pues quizás no te valgan el cetro y las ínfulas del dios. A aquélla no la soltaré; antes le sobrevendrá la vejez en mi casa, en Argos, lejos de su patria, trabajando en el telar y aderezando mi lecho. Pero vete; no me irrites, para que puedas irte más sano y salvo.

Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. Fuese en silencio por la orilla del estruendoso mar; y, mientras se alejaba, dirigía muchos ruegos al soberano Apolo, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera:

-¡Óyeme, tú que llevas arco de plata, si alguna vez adorné tu gracioso templo o quemé en tu honor pingües muslos de toros o de cabras, cúmpleme este voto: ¡Paguen los dánaos mis lágrimas con tus flechas! Así dijo rogando. Le oyó Febo Apolo e, irritado en su corazón, descendió de las cumbres del Olimpo con el arco y el cerrado carcaj en los hombros. Iba parecido a la noche. Se sentó lejos de las naves, tiró una flecha y el arco de plata dio un terrible chasquido. Durante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. En el décimo, Aquiles convocó al pueblo al ágora: se lo puso en el corazón Hera, la diosa de los niveos brazos, que se interesaba por los dánaos, a quienes veía morir. Acudieron éstos y, una vez reunidos, Aquiles, el de los pies ligeros, se levantó y dijo:

-¡Atrida! Creo que tendremos que volver atrás, yendo otra vez errantes, si escapamos de la muerte; pues, si no, la guerra y la peste unidas acabarán con los aqueos. Mas, consultemos a un adivino, sacerdote o intérprete de sueños -pues también el sueño procede de Zeus-, para que nos diga por qué se irritó tanto Febo Apolo. Cuando así hubo hablado, se sentó. Levantóse entre ellos Calcante Testórida, el mejor de los augures -conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y había guiado las naves aqueas hasta Ilión por medio del arte adivinatoria que le diera Febo Apolo-, y benévolo los arengó diciendo:

-¡Oh Aquiles, caro a Zeus!, el dios está furioso a causa del ultraje que Agamenón ha inferido al sacerdote, a quien no devolvió la hija ni admitió el rescate. Por esto el que hiere de lejos nos causó males y todavía nos causará otros. Se levantó al punto el poderoso héroe Agamenón Atrida, afligido, con las negras entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al relumbrante fuego; y, encarando a Calcante la torva vista, exclamó: -¡Adivino de males! jamás me has anunciado nada grato. Esa cautiva ciertamente me es más grata que Clitemnestra, mi legítima esposa, porque no le es inferior ni en el talle, ni en el natural, ni en inteligencia, ni en destreza. Pero, aun así y todo, consiento en devolverla, si esto es lo mejor; quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero preparadme pronto otra recompensa, para que no sea yo el único argivo que sin ella se quede. Le replicó en seguida el divino Aquiles:

-¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! Entrega ahora esa joven al dios, y los aqueos te pagaremos el triple o el cuádruple, si Zeus nos permite algún día tomar la bien murada ciudad de Troya. Y, contestándole, el rey Agamenón le dijo:

- Aunque seas valiente, deiforme Aquiles, no ocultes así tu pensamiento, pues no podrás burlarme ni persuadirme. ¿Acaso quieres, para conservar tu recompensa, que me quede sin la mía, y por esto me aconsejas que la devuelva? Pues, si los magnánimos aqueos no me dan otra conforme a mi deseo para que sea equivalente, yo mismo me apoderaré de la tuya o de la de Ajax, o me llevaré la de Ulises, y montará en cólera aquél a quien me acerque. Mirándolo con torva faz, exclamó Aquiles, el de los pies ligeros:

-¡Ah, impudente y codicioso! ¿Cómo puede estar dispuesto a obedecer tus órdenes ni un aqueo siquiera, para emprender la marcha o para combatir valerosamente con otros hombres? No he venido a pelear

obligado por los belicosos troyanos, pues en nada se me hicieron culpables, sino que te seguimos a ti, grandísimo insolente, para darte el gusto de vengaros de los troyanos a Menelao y a ti, ojos de perro. Y aunque la parte más pesada de la impetuosa guerra la sostienen mis manos, tu recompensa, al hacerse el reparto, es mucho mayor; y yo vuelvo a mis naves, teniéndola pequeña, aunque grata, después de haberme cansado en el combate. Ahora me iré a Ftía, pues lo mejor es regresar a la patria en las cóncavas naves: no pienso permanecer aquí sin honra para procurarte ganancia y riqueza.

Contestó en seguida el rey de hombres, Agamenón:

-Huye, pues, si tu ánimo a ello te incita; no te ruego que por mí te quedes; otros hay a mi lado que me honrarán, y especialmente el pródigo Zeus. Me eres más odioso que ningún otro de los reyes, alumnos de Zeus, porque siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas. Si es grande tu fuerza, un dios te la dio. Vete a la patria, llevándote las naves y los compañeros, y reina sobre los mirmidones, no me importa que estés irritado, ni por ello me preocupo, pero te haré una amenaza: Puesto que Febo Apolo me quita a Criseida, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu tienda, me llevaré a Briseida, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas bien cuánto más poderoso soy y otro tema decir que es mi igual y compararse conmigo. Así dijo. Se acongojó el Pelida, y dentro del velludo pecho su corazón discurrió dos cosas: o, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, abrirse paso y matar al Atrida, o calmar su cólera y reprimir su furor. Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón y sacaba de la vaina la gran espada, vino Atenea del cielo: la envió Hera, la diosa de los niveos brazos, que amaba cordialmente a entrambos y por ellos se interesaba. Púsose detrás del Pelida y le tiró de la blonda cabellera, apareciéndose a él tan sólo; de los demás, ninguno la veía. Aquiles, sorprendido, se volvió y al instante conoció a Palas Atenea, cuyos ojos centelleaban de un modo terrible. Y hablando con ella, pronunció estas aladas palabras:

-¿Por qué nuevamente, oh hija de Zeus, que lleva la égida, has venido? ¿Acaso para presenciar el ultraje que me infiere Agamenón Atrida? Pues te diré lo que me figuro que va a ocurrir: Por su insolencia perderá pronto la vida.

Dijole a su vez Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

-Vengo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieras; y me envía Hera, la diosa de los niveos brazos, que os ama cordialmente a entrambos y por vosotros se interesa. Ea, cesa de disputar, no desenvaines la espada e injúrialo de palabra como te parezca. Lo que voy a decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples y espléndidos presentes. Domínate y obedécenos. Y, contestándole, Aquiles, el de los pies ligeros, le dijo:

-Preciso es, oh diosa, hacer lo que mandáis, aunque el corazón esté muy irritado. Proceder así es lo mejor. Quien a los dioses obedece es por ellos muy atendido.

Dijo; y puesta la robusta mano en el argénteo puño, envainó la enorme espada y no desobedeció la orden de Atenea. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora Zeus, que lleva la égida, entre las demás deidades.

(Los heraldos de Agamenón se presentan para reclamar a Briseida)

-¡Salud, heraldos, mensajeros de Zeus y de los hombres! Acercaos; pues para mí no sois vosotros los culpables sino Agamenón, que os envía por la joven Briseida. ¡Ea, Patroclo, del linaje de Zeus! Saca la joven y entrégasela para que se la lleven. Así dijo. Patroclo, obedeciendo a su amigo, sacó de la tienda a Briseida, la de hermosas mejillas, y la entregó para que se la llevaran. Partieron los heraldos hacia las naves aqueas, y la mujer iba con ellos de mala gana. Aquiles rompió en llanto, se alejó de los compañeros, y, sentándose a orillas del blanquecino mar con los ojos clavados en el ponto inmenso y las manos extendidas, dirigió a su madre muchos ruegos:

-¡Madre! Ya que me pariste de corta vida, el olímpico Zeus altitonante debía honrarme y no lo hace en modo alguno. El poderoso Agamenón Atrida me ha ultrajado, pues tiene mi recompensa, que él mismo me arrebató. Así dijo derramando lágrimas. Le oyó la veneranda madre desde el fondo del mar, donde se hallaba junto al padre anciano, e inmediatamente emergió de las blanquecinas ondas como niebla, sentóse delante de aquél, que derramaba lágrimas, lo acarició con la mano y le habló de esta manera:

-¡Ay, hijo mío! ¿Por qué te he criado, si en hora aciaga te di a luz? ¡Ojalá estuvieras en las naves sin llanto ni pena, ya que tu vida ha de ser corta, de no larga duración! Ahora eres juntamente de breve vida y el más infortunado de todos. Con hado funesto te parí en el palacio. Yo misma iré al nevado Olimpo y hablaré a Zeus, que se complace en lanzar rayos, por si se deja convencer. Tú quédate en las naves de ligero andar, conserva la cólera contra los aqueos y abstente por entero de combatir. Ayer se marchó Zeus al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos los dioses lo siguieron. De aquí a doce días volverá al Olimpo. Entonces acudiré a la morada de Zeus, sustentada en bronce; le abrazaré las rodillas, y espero que lograré persuadirlo... Cuando, después de aquel día, apareció la duodécima aurora, los sempiternos dioses volvieron al Olimpo con Zeus a la cabeza. Tetis no olvidó entonces el encargo de su hijo: saliendo de entre las olas del mar, subió muy de mañana al gran cielo y al Olimpo, y halló al largo vidente Cronida sentado aparte de los demás dioses en la más alta de las muchas cumbres del monte. Se acomodó ante él, abrazó sus rodillas con la mano izquierda, le tocó la barba con la derecha y dirigió esta súplica al soberano Zeus Cronión:

-¡Padre Zeus! Si alguna vez te fui útil entre los inmortales con palabras a obras, cúmpleme este voto: Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey de hombres, Agamenón, lo ha ultrajado, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Véngalo tú, pródigo Zeus Olímpico, concediendo la victoria a los troyanos hasta que los aqueos den satisfacción a mi hijo y lo colmen de honores. Después de deliberar así, se separaron: ella saltó al profundo mar desde el resplandeciente Olimpo, y Zeus volvió a su palacio. Todos los dioses se levantaron al ver a su padre, y ninguno aguardó que llegara, sino que todos salieron a su encuentro. Se sentó Zeus en el trono; y Hera, que, por haberlo visto, no ignoraba que Tetis, la de argénteos pies, hija del anciano del mar, con él había departido, dirigió al momento injuriosas palabras a Zeus Cronida:

-¿Cuál de las deidades, oh doloso, ha conversado contigo? Siempre te es grato, cuando estás lejos de mí, pensar y resolver algo secretamente, y jamás te has dignado decirme una sola palabra de lo que acuerdas. Le respondió el padre de los hombres y de los dioses: -¡Hera! No esperes conocer todas mis decisiones, pues te resultará difícil aun siendo mi esposa. Lo que pueda decirse, ningún dios ni hombre lo sabrá antes que tú; pero lo que quiera resolver sin contar con los dioses, no lo preguntes ni procures averiguarlo. Replicó en seguida Hera veneranda, la de ojos de novilla:

-¡Terribilísimo Cronida, qué palabras proferiste! Mas ahora mucho recela mi corazón que te haya seducido Tetis, la de argénteos pies, hija del anciano del mar. Y contestándole, Zeus, que amontona las nubes, le dijo:

-¡Ah, desdichada! Siempre sospechas y de ti no me ocultó. Nada, empero, podrás conseguir sino alejarte de mi corazón; lo cual todavía te será más duro. Si es cierto lo que sospechas, así debe de serme grato. Pero siéntate en silencio y obedece mis palabras. No sea que no te valgan cuantos dioses hay en el Olimpo, acercándose a ti, cuando te ponga encima mis invictas manos. Así dijo. Temió Hera veneranda, la de ojos de novilla, y, refrenando el coraje, se sentó en silencio. Se indignaron en el palacio de Zeus los dioses celestiales. Y Hefesto, el ilustre artífice, comenzó a arengarlos para consolar a su madre Hera, la de los niveos brazos:

-Funesto a insoportable será lo que ocurra, si vosotros disputáis así por los mortales y promovéis alborotos entre los dioses. Sufre, madre mía, y sopórtalo todo, aunque estés afligida; que a ti, tan querida, no lo vean mis ojos apaleada sin que pueda socorrerte, porque es difícil contrarrestar al

Olímpico. Ya otra vez que quise defenderte me asió por el pie y me arrojó de los divinos umbrales. Todo el día fui rodando y a la puesta del sol caí en Lemnos. Así dijo. Sonrióse Hera, la diosa de los niveos brazos; y, sonriente aún, tomó la copa que su hijo le presentaba. Hefesto se puso a escanciar dulce néctar para las otras deidades, sacándolo de la cratera; y una risa inextinguible se alzó entre los bienaventurados dioses viendo con qué afán los servía en el palacio.

Combate entre Aquiles y Héctor:

Cuando ambos guerreros se hallaron frente a frente, dijo el primero el gran Héctor, de tremolante casco:

-No huiré más de ti, oh hijo de Peleo, como hasta ahora. Tres veces di la vuelta, huyendo, en torno de la gran ciudad de Príamo, sin atreverme nunca a esperar tu acometida. Mas ya mi ánimo me impele a afrontarte ora te mate, ora me mates tu. Ea pongamos a los dioses por testigos, que serán los mejores y los que más cuidarán de que se cumplan nuestros pactos: Yo no te insultaré cruelmente, si Zeus me concede la victoria y logro quitarte la vida; pues tan luego como te haya despojado de las magníficas armas, oh Aquiles, entregaré el cadáver a los aqueos. Obra tú conmigo de la misma manera. Mirándole con torva faz, respondió Aquiles, el de los pies ligeros: — ¡Héctor, a quien no puedo olvidar! No me hables de convenios. Como no es posible que haya fieles alianzas entre los leones y los hombres, ni que estén de acuerdo los lobos y los corderos, sino que piensan continuamente en causarse daño unos a otros; tampoco puede haber entre nosotros ni amistad ni pactos, hasta que caiga uno de los dos y sacie de sangre a Ares, infatigable combatiente. Revístete de toda clase de valor, porque ahora te es muy preciso obrar como belicoso y esforzado campeón. Ya no te puedes escapar. Palas Atenea te hará sucumbir pronto, herido por mi lanza, y pagarás todos juntos los dolores de mis amigos, a quienes mataste cuando manejabas furiosamente la pica. Y diciendo esto, blandió y arrojó la fornida lanza. El esclarecido Héctor, al verla venir, se inclinó para evitar el golpe: se clavó aquella en el suelo, y Palas Atenea la arrancó y devolvió a Aquiles, sin que Héctor, pastor de hombres, lo advirtiese. Y Héctor dijo al eximio Pelida:

—¡Erraste el golpe, deiforme Aquiles! Debes saber que no me clavarás la pica en la espalda, huyendo de ti: atraviésame el pecho cuando animoso y frente a frente te acometa, si un dios te lo permite. Y ahora guárdate de mi broncínea lanza. ¡Ojalá que todo su hierro se escondiera en tu cuerpo! La guerra sería más liviana para los teucros si tú murieses, porque eres su mayor azote. Así habló; y blandiendo la ingente lanza, la despidió sin errar el tiro; pues dio un bote en el escudo del Pelida. Se detuvo un momento, bajando la cabeza, pues no tenía otra lanza de fresno y con recia voz llamó a Deífobo, el de luciente escudo, y le pidió una larga pica. Deífobo ya no estaba a su lado. Entonces Héctor lo comprendió todo, y exclamo:

—¡Oh! Ya los dioses me llaman a la muerte. Creía que el héroe Deífobo se hallaba conmigo, pero está dentro del muro, y fue Atenea quien me engañó. Cercana tengo la perniciosa muerte, que ni tardará ni puedo evitarla. Así les habrá placido que sea, desde hace tiempo, a Zeus y a su hijo, el Flechador. Se cumplió mi destino. Pero no quisiera morir cobardemente y sin gloria; sino realizando algo grande que llegara a conocimiento de los venideros.

Esto dicho, desenvainó la aguda espada, grande y fuerte, que llevaba al costado. Y encogiéndose, se arrojó como el águila de alto vuelo se lanza a la llanura, atravesando las pardas nubes, para arrebatarse la tierna corderilla o la tímida liebre; de igual manera arremetió Héctor blandiendo la aguda espada. Aquiles le embistió, a su vez, con el corazón rebosante de feroz cólera: defendía su pecho con el magnífico escudo labrado, y movía el luciente casco de cuatro abolladuras, haciendo ondear las bellas y abundantes crines de oro que Hefesto colocara en la cimera. Como el Véspero, que es el lucero más hermoso de cuantos hay en el cielo, se presenta rodeado de estrellas en la obscuridad de la noche; de tal modo brillaba la pica de larga punta que en su diestra blandía Aquiles, mientras

pensaba en causar daño al divino Héctor y miraba qué parte del hermoso cuerpo del héroe ofrecería menos resistencia. Este lo tenía protegido por la excelente armadura que quitó a Patroclo después de matarle, y sólo quedaba descubierto el lugar en que las clavículas separan el cuello de los hombros, la garganta, que es el sitio por donde más pronto sale el alma: por allí el divino Aquiles envasó la pica a Héctor, que ya le atacaba, y la punta, atravesando el delicado cuello, asomó por la nuca. Pero no le cortó el garguero con la pica de fresno que el bronce hacia ponderosa, para que pudiera hablar algo y responderle. Héctor cayó en el polvo, y el divino Aquiles se jactó del triunfo, diciendo:

—¡Héctor! Cuando despojabas el cadáver de Patroclo, sin duda te creíste salvado y no me temiste a mí porque me hallaba ausente. ¡Necio! Quedaba yo como vengador, mucho más fuerte que él, en las cóncavas naves, y te he quebrado las rodillas. A ti los perros y las aves te despedazarán ignominiosamente, y a Patroclo los aqueos le harán honras fúnebres.

Con lánguida voz le respondió Héctor, el de tremolante casco: —Te lo ruego por tu alma, por tus rodillas y por tus padres: ¡No permitas que los perros me despedacen y devoren junto a las naves aqueas! Acepta el bronce y el oro que en abundancia te darán mi padre y mi veneranda madre, y entrega a los míos el cadáver para que lo lleven a mi casa, y los troyanos y sus esposas lo pongan en la pira. Mirándole con torva faz, le contestó Aquiles, el de los pies ligeros: —No me supliques, ¡perro!, por mis rodillas ni por mis padres. Ojalá el furor y el coraje me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas. ¡Tales agravios me has inferido! Nadie podrá apartar de tu cabeza a los perros, aunque me den diez o veinte veces el debido rescate y me prometan más, aunque Príamo Dardánida ordene redimirte a peso de oro; ni aun así, la veneranda madre que te dio a luz te pondrá en un lecho para llorarte, sino que los perros y las aves de rapiña destrozarán tu cuerpo. Contestó, ya moribundo, Héctor, el de tremolante casco: — ¡Bien te conozco, y no era posible que te persuadiese, porque tienes en el pecho un corazón de hierro. Guárdate de que atraiga sobre ti la cólera de los dioses, el día en que Paris y Febo Apolo te harán perecer, no obstante tu valor, en las puertas Esceas.

Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Hades, llorando su suerte, porque dejaba un cuerpo vigoroso y joven. Y el divino Aquiles le dijo, aunque muerto le viera:

—¡Muere! Y yo perderé la vida cuando Zeus y los demás dioses inmortales dispongan que se cumpla mi destino.

Dijo; arrancó del cadáver la broncínea lanza y, dejándola a un lado, le quitó de los hombros las ensangrentadas armas. Acudieron presurosos los demás aqueos, admiraron todos el espléndido cuerpo y la arrogante figura de Héctor y ninguno dejó de herirle; y para tratar ignominiosamente al divino Héctor, el divino Aquiles le horadó los tendones de detrás de ambos pies desde el tobillo hasta el talón; introdujo correas de piel de buey, y le ató al carro, de modo que la cabeza fuese arrastrando; luego, recogiendo la magnífica armadura, subió y picó a los caballos para que arrancaran, y éstos volaron gozosos. Gran polvareda levantaba el cadáver mientras era arrastrado: la rubia cabellera, teñida de negra sangre, se esparcía por el suelo, y la cabeza, antes tan graciosa, se hundía en el polvo; porque Zeus la entregó entonces a los enemigos, para que allí, en su misma patria, la ultrajaran. La madre, al verlo, se arrancaba los cabellos; y arrojando de sí el blanco velo, prorrumpió en tristísimos sollozos. El padre suspiraba lastimeramente, y alrededor de él y por la ciudad el pueblo gemía y se lamentaba. No parecía sino que la excelsa Ilión fuese desde su cumbre devorada por el fuego. Su esposa, la dorada Andrómaca, no sabía aún nada, pues estaba encargando a las criadas de la casa, de bellos bucles, que calentaran el agua y prepararan el dulce baño para el más dulce de los esposos, que llegaría cansado de la lucha. Al oír los gritos y lamentos, atravesó presurosa el palacio, como alocada, y al llegar a la torre vio el dulce cuerpo amado antes hermoso y ahora ensangrentado, con la cabeza golpeando rabiosamente contra las piedras por la cólera de Aquiles, vestida de polvo, destrucción y sangre. Y lloraba sin consuelo por Héctor, y por su único hijo, Astianacte, que estaba

en sus brazos, y que , muerto su padre, quedaba sin defensa ante los feroces aqueos; ya nunca más comería sentado en las fuertes rodillas del amante padre, ni dormiría en sus brazos, cansado de los juegos infantiles. Una tenebrosa noche cubrió a la divina esposa con su velo los ojos, se desplomó hacia atrás y se desmayó sin aliento.

Príamo acude al campamento aqueo a suplicar el cadáver de su hijo Héctor.

Príamo saltó del carro a tierra, dejó a Ideo para que cuidase de los caballos y mulos, y fue derecho a la tienda en que moraba Aquiles, caro a Zeus. Lo Halló solo —sus amigos estaban sentados aparte—, y el héroe Automedonte y Alcimo, vástago de Ares, le servían, pues acababa de cenar, y si bien ya no comía ni bebía, aún la mesa continuaba puesta. El gran Príamo entró sin ser visto, y acercándose a Aquiles, le abrazó las rodillas y besó aquellas manos terribles, homicidas, que habían dado muerte a tantos hijos suyos. Se asombró Aquiles de ver a Príamo, semejante a un dios, y los demás se sorprendieron también y se miraron unos a otros. Y Príamo suplicó a Aquiles, dirigiéndole estas palabras: —Acuérdate de tu padre, oh Aquiles, semejante a los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado a los funestos umbrales de la vejez. Quizás los vecinos circunstantes le oprimen y no hay quien le salve del infortunio y la ruina; pero al menos aquél, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su hijo, llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos valientes en la espaciosa Ilión, puedo decir que de ellos ninguno me queda. Cincuenta tenía cuando vinieron los aqueos: diecinueve eran de una misma madre; a los restantes, diferentes mujeres los dieron a luz en el palacio. A los más el furibundo Ares les quebró las rodillas; y el que era único para mí y defendía la ciudad y a sus habitantes, a éste tu lo mataste poco ha mientras combatía por la patria, a Héctor; por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, con un cuantioso rescate, a fin de redimir su cadáver. Respeta a los dioses, Aquiles y apiádate de mí, acordándote de tu padre; yo soy aún más digno de compasión que él, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mis labios la mano del hombre matador de mis hijos. Así habló. A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre; y cogiendo la mano de Príamo, lo apartó suavemente. Los dos lloraban afligidos por los recuerdos: Príamo acordándose de Héctor, matador de hombres, derramaba copiosas lágrimas postrado a los pies de Aquiles; éste las vertía, unas veces por su padre y otras por Patroclo; y los gemidos de ambos resonaban en la tienda...

La Odisea:

La segunda epopeya de Homero, llamada *La Odisea*, tiene como protagonista principal a Ulises u Odiseo y narra el accidentado viaje de retorno desde Troya del héroe Odiseo a su patria en la isla de Ítaca. La hostilidad del dios del mar Posidón lo hace atravesar por todo tipo de peligros y aventuras, y la de Afrodita por varias peligrosas aventuras amorosas que le retienen mucho tiempo, mientras su hijo Telémaco lo busca por los mares preguntando a los demás héroes de la guerra de Troya dónde está, y mientras la esposa de Ulises, Penélope, soporta en la isla los excesos de los pretendientes al trono, pues estos creen que Odiseo ha muerto y le exigen que se case con uno de ellos. Penélope los desalienta y engaña prometiéndoles que decidirá cuando termine una tela que está tejiendo, pero sin que lo sepan desteje de noche lo que hila de día. Odiseo atraviesa por diversas aventuras: consigue huir de los gigantes antropófagos llamados Lestrigones y del país de los lotófagos, unos hombres que se alimentan de una flor que provoca el olvido; la del gigantesco cíclope Polifemo, pastor hijo de Posidón, que devora a algunos de los compañeros de Odiseo y que éste ciega con un palo caliente dentro de la cueva donde lo tiene preso; la de las sirenas, cuyo maravilloso canto hace enloquecer a los marineros y rompe sus barcos entre los escollos, pero que Odiseo evita haciéndose atar y cerrando los oídos de sus marineros con cera; la de la hechicera Circe, enamorada de Odiseo y que transforma a sus compañeros en cerdos y prolonga mágicamente la duración del tiempo a su antojo; la de la diosa

Calipso, que se enamora también de él y le promete la inmortalidad y la juventud eternas, pero a la que Zeus obliga a dejarlo marchar, pues él sólo ama a Penélope; la del naufragio y la llegada desnudo a una playa en la isla de los reacios, ante los ojos de Nausícaa, que lo conduce a la corte de su padre, Alcínoo, donde cuenta sus aventuras; atraviesa los terribles pasos de Escila y Caribdis, a cuál más peligroso; la de la cueva donde Odiseo ofrece un sacrificio a los muertos y experimenta la visión del mundo inferior y, por último, el retorno a su adorada Ítaca, en donde, ayudado por Atenea, cambia su apariencia por la de un viejo mendigo para no ser reconocido, si bien su moribundo perro Argos no se deja engañar por ello. Con su hijo y su mujer planea la venganza de los pretendientes, les proponen que el novio se decida entre los que logren tensar su arco, algo que sólo podía hacer Odiseo; nadie lo hace, pero el viejo mendigo se atreve a intentarlo, ante la risa y el desprecio de todos, y cuando lo tensa, dispara a los pretendientes y con ayuda de Telémaco los mata a todos y es restablecido en su trono.

«Odisea»: Selección de textos

Principio de la obra

ἄνδρα μοι ἔννεπε, μοῦσα, πολύτροπον, ὃς μάλα πολλὰπλάγχθη, ἐπεὶ Τροίης ἱερὸν ποτόλιεθρον ἔπερσεν:πολλῶν δ' ἀνθρώπων ἴδεν ἄστεα καὶ νόον ἔγνω...

Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio que, después de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo peregrinando larguísimo tiempo, vio las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres y padeció en su ánimo gran número de trabajos en su navegación por el Ponto, pues procuraba salvar su vida y la vuelta de sus compañeros a la patria. ¡Oh diosa, hija de Zeus!, cuéntanos aunque no sea más que una parte de tales cosas, pues solamente Odiseo, que tan gran necesidad sentía de restituirse a su patria y ver a su consorte, hallábase detenido en hueca gruta por Calipso, la ninfa veneranda, la divina entre las deidades, que anhelaba tomarlo por esposo. Con el transcurso de los años llegó por fin la época en que los dioses habían decretado que volviese a su patria, y todos los dioses le compadecían, a excepción de Poseidón, que permaneció constantemente irritado contra el divino Odiseo hasta que el héroe no arribó a su tierra. Y dijo Atenea, la deidad de ojos de lechuza: —¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los que imperan!, se me parte el corazón a causa del prudente y desgraciado Odiseo, que, mucho tiempo ha, padece penas lejos de los suyos, en una isla azotada por las olas, en el centro del mar; isla poblada de árboles, en la cual tiene su mansión una diosa, la hija del terrible Atlante, de aquel que conoce todas las profundidades del ponto y sostiene las grandes columnas que separan la tierra y el cielo. La hija de este dios retiene al infortunado y afligido Odiseo, no cejando en su propósito de embelesarlo con tiernas y seductoras palabras para que olvide Ítaca; mas Odiseo, que está deseoso de ver el humo de su país natal, ya de morir siente anhelos, ¿Y a ti, Zeus Olímpico? ¿No se te conmueve el corazón? ¿No te era grato Odiseo cuando sacrificaba junto a las naves de los argivos? ¿Por que así te has airado contra él, Zeus? Le contestó Zeus, que amontona las nubes: —¡Hija mía! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes? ¿Cómo quieres que ponga en olvido al divinal Odiseo, que por su inteligencia se señala sobre los demás mortales y siempre ofreció muchos sacrificios a los inmortales dioses que poseen el anchuroso cielo? Pero Poseidón, que ciñe la tierra, le guarda vivo y constante rencor porque cegó al ciclope, al deiforme Polifemo. Mas ¡ea! tratemos todos nosotros de la vuelta del mismo y del modo como haya de llegar a su patria; y Poseidón depondrá la cólera, que no le fuera posible contender, solo y contra la voluntad de los dioses, con los inmortales todos.

Calipso:

Detúvose el mensajero de los dioses a contemplar aquel hermoso paraje; y después de admirarlo, penetró en la ancha gruta, y fue conocido por Calipso, la divina entre las diosas, desde que a ella se presentó -que los dioses inmortales se reconocen mutuamente aunque vivan apartados-; pero no halló al magnánimo Odiseo, que estaba llorando en la ribera, donde tantas veces, consumiendo su ánimo con lágrimas, suspiros y dolores, fijaba los ojos en el ponto estéril y derramaba copioso llanto. Y Calipso, la divina entre las diosas, hizo sentar a Hermes en espléndido y magnífico sitial, y le preguntó de esta suerte: —¿ Por qué, oh Hermes, el de la áurea vara, venerable y caro, vienes a mi morada? Antes no solías frecuentarla. Di que deseas, pues mi ánimo me impulsa a ejecutarlo si de mí depende y es ello posible. Pero sígueme, a fin de que te ofrezca los dones de la hospitalidad. —Zeus me ordenó que viniese, dice que está contigo un varón, que es el más infortunado de cuantos combatieron alrededor de la ciudad de Príamo durante nueve años y, en el décimo, habiéndola: destruido, tornaron a sus casas; pero en la vuelta ofendieron a Atenea, y la diosa hizo que se levantara un viento desfavorable e hinchadas olas. En estas hallaron la muerte sus esforzados compañeros; y a él lo trajeron acá el viento y el oleaje. Y Zeus te manda que a tal varón le permitas que se vaya cuanto antes: porque no es su destino morir lejos de los suyos, sino que la Moira tiene dispuesto que los vuelva a ver, llegando a su casa de elevada techumbre y a su patria tierra.

Así dijo. Se estremeció Calipso, la divina entre las diosas, y respondió con estas aladas palabras: —Sois, oh dioses, malignos y celosos como nadie, pues sentís envidia de las diosas que no se recatan de dormir con el hombre a quien han tomado por esposo. Yo le acogí amigablemente, le mantuve y díjele a menudo que le haría inmortal y libre de la vejez por siempre jamás. Pero, ya que no le es posible a ningún dios ni transgredir ni dejar sin efecto la voluntad de Zeus, que lleva la égida, váyase aquél por el mar estéril, si ése le incita y se lo Partió el poderoso mensajero; y la veneranda ninfa, oído el mensaje de Zeus, fuese a buscar al magnánimo Odiseo. Lo Halló sentado en la playa, sin que sus ojos se secasen del continuo llanto, y consumía su dulce vida suspirando por el regreso; pues la ninfa ya no le era grata. Obligado a pernoctar en la profunda cueva, durmiendo con la ninfa que le quería sin que él la amase, pasaba el día sentado en las rocas de la ribera del mar y consumiendo su ánimo en lágrimas, suspiros y dolores, clavaba los ojos en el ponto estéril y derramaba copioso llanto. Y, pasándose cerca de él, díjole de esta suerte la divina entre las diosas: —¡Desdichado! No llores más ni consumas tu vida pues de muy buen grado dejaré que partas. Ea, corta maderos grandes: y, ensamblándolos con el bronce, forma una extensa balsa y cúbrela con piso de tablas, para que te lleve por el obscuro ponto. Yo pondré en ella pan, agua y el rojo vino, regocijador del ánimo, que te librarán de padecer hambre; te daré vestidos y te mandaré próspero viento, a fin de que llegues sano y salvo a tu patria tierra si lo quieren los dioses que habitan el anchuroso cielo; los cuales me aventajan, así en trazar designios como en llevarlos a término. Le Respondió el ingenioso Odiseo: —¡No te enojos conmigo, veneranda deidad! Conozco muy bien que la prudente Penélope te es inferior en belleza y en estatura; siendo ella mortal y tú inmortal y exenta de la vejez. Esto no obstante, deseo y anhelo continuamente irme a mi casa y ver lucir el día de mi vuelta. Y si alguno de los dioses quisiera aniquilarme en el vinoso ponto, lo sufriré con el ánimo que llena mi pecho y tan paciente es para los dolores; pues he padecido mucho así en el mar como en la guerra, y venga este mal tras de los otros. Así habló. Púsose el sol y sobrevino la obscuridad. Retiráronse entonces a lo más hondo de la profunda cueva; y allí muy juntos hallaron en el amor contentamiento. Mas, no bien se mostró la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, se vistió Odiseo la túnica y el manto; y ella se puso amplia vestidura, fina y hermosa, ciñó el talle con lindo cinturón de oro, veló su cabeza y se ocupó en disponer la partida del magnánimo Odiseo

Polifemo:

Pronto llegamos a la gruta; mas no dimos con él, porque estaba apacentando las pingües ovejas. Entramos y nos pusimos a contemplar con admiración y una por una todas las cosas; había cestos cargados de quesos; los establos rebosaban de corderos y cabritos. Los compañeros empezaron a suplicarme que nos apoderásemos de algunos quesos y nos fuéramos, y que luego, sacando prestamente de los establos los cabritos y los corderos, y conduciéndolos a la velera nave, surcáramos de nuevo el salobre mar. Mas yo no me dejé persuadir -mucho mejor hubiera sido seguir su consejo- con el propósito de ver a aquél y probar si me ofrecería los dones de la hospitalidad. Pero su venida no había de serles grata a mis compañeros. Encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio a los dioses, tomamos algunos quesos, comimos, y le aguardamos, sentados en la gruta, hasta que volvió con el ganado. Traía una gran carga de leña seca para preparar su comida y la descargó dentro de la cueva con tal estruendo que nosotros, llenos de temor, nos refugiamos apresuradamente en lo más hondo de la misma. Luego metió en el espacioso antro todas las pingües ovejas que tenía que ordeñar y cerró la puerta con un pedrejón grande y pesado que llevó a pulso y que no hubiesen podido mover del suelo veintidós sólidos carros de cuatro ruedas. ¡Tan inmenso era el peñasco que colocó a la entrada! Acabadas con prontitud las faenas de ordeñar ovejas y cabras, encendió fuego, y al vernos, nos hizo estas preguntas: — ¡Oh forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras? —Somos aqueos a quienes extraviaron, al salir de Troya, vientos de toda clase, que nos llevan por el gran abismo del mar. Respeta, pues, a los dioses, varón excelente; que nosotros somos ahora tus suplicantes. Y a suplicante y forasteros los venga Zeus hospitalario, el cual acompaña a los venerandos huéspedes. — ¡Oh forastero! Eres un simple o vienes de lejanas tierras cuando me exhortas a temer a los dioses y a guardarme de su cólera: que los cíclopes no se cuidan de Zeus, que lleva la égida, ni de los bienaventurados númenes, porque aun les ganan en ser poderosos, y levantándose de súbito, echó mano a los compañeros, agarró a dos y, cual si fuesen cachorrillos los arrojó a tierra con tamaña violencia que el encéfalo fluyó por el suelo y mojó el piso. De inmediato despedazó los miembros, se aparejó una cena y se puso a comer como montaraz león, no dejando ni los intestinos, ni la carne, ni los medulosos huesos. Nosotros contemplábamos aquel horrible espectáculo con lágrimas en los ojos, alzando nuestras manos a Zeus; pues la desesperación se había señoreado de nuestro ánimo. El ciclope, tan pronto como hubo llenado su enorme vientre, devorando carne humana y bebiendo encima leche sola, se acostó en la gruta tendiéndose en medio de las ovejas. Entonces formé en mi magnánimo corazón el propósito de acercarme a él y, sacando la aguda espada que colgaba de mi muslo, herirle el pecho donde las entrañas rodean el hígado, palpándolo previamente; mas otra consideración me contuvo. Habríamos, en efecto, perecido allí de espantosa muerte, a causa de no poder apartar con nuestras manos el grave pedrejón que el Ciclope colocó en la alta entrada. Y así, dando suspiros, aguardamos que apareciera la divina Aurora. Cuando se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, el Ciclope sacó con gran estrépito sus pingües rebaños hacia el monte, y yo me quedé meditando siniestras trazas, por si de algún modo pudiese vengarme y Atenea me otorgara la victoria. Al fin me pareció que la mejor resolución sería la siguiente. Echada en el suelo del establo veíase una gran clava de olivo verde, que el Ciclope había cortado para llevarla cuando se secase. Nosotros, al contemplarla, la comparábamos con el mástil de un negro y ancho bajel de transporte que tiene veinte remos y atraviesa el dilatado abismo del mar: tan larga y tan gruesa se nos presentó a la vista. Me acerqué a ella y corté una estaca como de una braza, que di a los compañeros, mandándoles que la puliesen. No bien la dejaron lisa, la endurecí, pasándola por el ardiente fuego, y la oculté cuidadosamente debajo del abundante estiércol esparcido por la gruta. Ordené entonces que se eligieran por suerte los que, uniéndose conmigo deberían atreverse a levantar la estaca y clavarla en el ojo del Ciclope cuando el dulce sueño le rindiese. Les cayó la suerte a los cuatro que yo mismo hubiera escogido en tal ocasión, y me junté con ellos formando el quinto. Por la tarde volvió el Ciclope con el rebaño de hermoso vellón, agarró a otros dos de mis amigos y con ellos se aparejó la cena. Entonces me llegué al Ciclope, y teniendo en la mano una copa de negro

vino, le hablé de esta manera: —Toma, Ciclope, bebe vino, ya que comiste carne humana, a fin de que sepas qué bebida se guardaba en nuestro buque. Tomó el vino y se lo bebió. Y le gustó tanto el dulce licor que me pidió más. Así habló, y volví a servirle el negro vino: tres veces se lo presenté y tres veces bebió incautamente. Y cuando los vapores del vino envolvieron la mente del Ciclope, díjelo con suaves palabras: —¡Ciclope! Preguntas cual es mi nombre ilustre y voy a decírtelo pero dame el presente de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es Nadie; y Nadie me llaman mi madre, mi padre y mis compañeros todos. Luego se echó y le venció el sueño, que todo lo rinde: le salía de la garganta el vino con pedazos de carne humana, y eructaba por estar cargado de vino. Entonces metí la estaca debajo del abundante rescoldo, para calentarla, y animé con mis palabras a todos los compañeros: no fuera que alguno, poseído de miedo, se retirase. Mas cuando la estaca de olivo, con ser verde, estaba a punto de arder y relumbraba intensamente, fui y la saqué del fuego; me rodearon mis compañeros, y una deidad nos infundió gran audacia. Ellos, tomando la estaca de olivo, la hincaron por la aguzada punta en el ojo del Ciclope; y yo, alzándome, la hacía girar por arriba. Dio el Ciclope un fuerte y horrendo gemido, retumbó la roca, y nosotros, amedrentados, huimos prestamente; mas él se arrancó la estaca, toda manchada de sangre, la arrojó furioso lejos de sí y se puso a llamar con altos gritos a los Cíclopes que habitaban a su alrededor, dentro de cuevas, en los ventosos promontorios. Al oír sus voces, acudieron muchos y, parándose junto a la cueva, le preguntaron qué le angustiaba: —¡Oh, amigos! “Nadie” me mata con engaño, no con fuerza. Y ellos le contestaron con estas aladas palabras: —Pues si nadie te hace fuerza, ya que estás solo, no es posible evitar la enfermedad que envía el gran Zeus, pero, ruega a tu padre, el soberano Poseidón.

Circe:

Llegamos luego a la isla Eea, donde moraba Circe, la de lindas trenzas, deidad poderosa. Formé con mis compañeros de hermosas grebas dos secciones, a las que di sendos capitanes; pues yo me puse al frente de una y el deiforme Euríloco mandaba la otra. Echamos suertes en bronceo yelmo y, como saliera la del magnánimo Euríloco, partió con veintidós compañeros que lloraban, y nos dejaron a nosotros, que también sollozábamos. Dentro de un valle y en lugar vistoso descubrieron el palacio de Circe, construido de piedra pulimentada. En torno suyo encontrábase lobos montaraces y leones, a los que Circe había encantado, dándoles funestas drogas; pero estos animales no acometieron a mis hombres, sino que, levantándose, fueron a halagarles con sus colas larguísimas. Bien así como los perros halagan a su amo siempre que vuelve del festín, porque les trae algo que satisface su apetito; de esta manera los lobos de uñas fuertes y los leones fueron a halagar a mis compañeros que se asustaron de ver tan espantosos monstruos. Al llegar a la mansión de la diosa de lindas trenzas, detuviéronse en el vestíbulo y oyeron a Circe que con voz pulcra cantaba en el interior, mientras labraba una tela grande divina y tan fina, elegante y espléndida, como son las labores de las diosas. Circe se alzó en seguida, abrió la magnífica puerta, los llamó y la siguieron todos imprudentemente, a excepción Euríloco, que se quedó fuera por temor a algún daño. Cuando los tuvo adentro, los hizo sentar en sillas y sillones, confeccionó un potaje de queso, harina y miel fresca con vino de Pramnio, y echó en él drogas perniciosas para que los míos olvidaran por entero la tierra patria. Dióselo, bebieron, y, de contado, los tocó con una varita y los encerró en pocilgas. (Hermes se presenta y le da un antídoto contra las drogas de Circe) Llegado yo al palacio de la diosa de lindas trenzas, me paré en el umbral y empecé a dar gritos; la deidad oyó mi voz y, alzándose al punto, abrió la magnífica puerta y me llamó, y yo, con el corazón angustiado, me fui tras ella. Cuando me hubo introducido, hízome sentar en una silla de argénteos clavos, hermosa, labrada, con un escabel para los pies; y en copa de oro me preparó la mixtura para que bebiese, echando en la misma cierta droga y maquinando en su mente cosas perversas. Mas, tan luego como me la dio y bebí, sin que lograra encantarme, me tocó con la vara mientras me decía estas palabras: —Ve ahora a la pocilga y échate con tus compañeros. Así habló. Desenvainé la aguda espada que llevaba cerca del muslo y arremetí contra Circe, como deseando matarla. Ella lanzó agudos gritos, se echó al suelo, me abrazó por las rodillas y me dirigió entre sollozos, estas aladas palabras: — ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y

tus padres? Me tiene suspensa que hayas bebido estas drogas sin quedar encantado, pues ningún otro pudo resistirlas tan pronto como las tomó y pasaron el cerco de sus dientes. Alienta en tu pecho un ánimo indomable. Eres sin duda aquel Odiseo de multiforme ingenio, de quien me hablaba siempre el divino mensajero que lleva áurea vara, asegurándome que vendrías cuando volviesses de Troya en la negra y velera nave. Mas, ea, envaina la espada y vámonos a la cama para que, unidos por el lecho y el amor, crezca entre nosotros la confianza. Así se expresó; y le repliqué diciendo: —¡Oh, Circe! ¿Cómo me pides que te sea benévolo, después que en este mismo palacio convertiste a mis compañeros en cerdos y ahora me detienes a mí, maquinas engaños y me ordenas que entre en tu habitación y suba a tu lecho a fin de privarme del valor y de la fuerza, apenas deje las armas? Yo no querría subir a la cama, si no te atrevieras, oh diosa, a prestar solemne juramento de que no maquinará contra mí ningún otro pernicioso daño. Así le dije. Juró al instante, como se lo mandaba. Y en seguida que hubo prestado el juramento, subí al magnífico lecho de Circe.

Bajada a los Infiernos:

Después de haber rogado con votos y súplicas al pueblo de los difuntos, tomé las reses, las degollé encima del hoyo, corrió la negra sangre y al instante se congregaron saliendo del Erebo, las almas de los fallecidos: mujeres jóvenes, mancebos, ancianos que en otro tiempo padecieron muchos males, tiernas doncellas con el ánimo angustiado por reciente pesar, y muchos varones que habían muerto en la guerra, heridos por broncíneas lanzas, y mostraban ensangrentadas armaduras: agitábanse todas con grandísimo murmurio alrededor del hoyo, unas por un lado y otras por otro; y el pálido terror se enseñoreó de mí. Al punto exhorté a los compañeros y les di orden de que desollaran las reses, tomándolas del suelo donde yacían degolladas por el cruel bronce, y las quemaran inmediatamente, haciendo votos al poderoso Hades y a la veneranda Perséfone; y yo, desenvainando la aguda espada que junto al muslo llevaba me senté y no permití que las inanes cabezas de los muertos se acercaran a la sangre antes que hubiese interrogado a Tiresias. La primera que vino fue el alma de nuestro compañero Elpénor el cual aún no había recibido sepultura en la tierra inmensa. Vino luego el alma de mi difunta madre Anticlea, hija del magnánimo Autólico: a la cual había dejado viva cuando partí para la sagrada Ilión. Lloré al verla, compadeciéndola en mi corazón mas con todo eso, a pesar de sentirme muy afligido, no permití que se acercara a la sangre antes de interrogar a Tiresias. Vino después el alma de Tiresias, el tebano, que empuñaba áureo cetro. Conocióme, y me habló de esta manera: —¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardidés! ¿Por qué, oh infeliz, has dejado la luz del sol y vienes a ver a los muertos y esta región desapacible? Apártate del hoyo y retira la aguda espada, para que, bebiendo sangre, te revele la verdad de lo que quieras. Así dijo. Me aparté y metí la espada en la vaina guarnecida de argénteos clavos. El eximio vate bebió la negra sangre y me habló al punto con estas palabras: —Buscas la dulce vuelta, preclaro Odiseo, y un dios te la hará difícil; pues no creo que le pases inadvertido al que sacude la tierra, quien te guarda rencor en su corazón, porque se irritó cuando le cegaste el hijo. Pero aun llegaríais a la patria después de padecer trabajos, si quisieras contener tu ánimo y el de tus compañeros así que ancles la bien construida embarcación en la isla Trinacria, escapando del violáceo ponto, y halléis paciendo las vacas y pingües ovejas de Helios, que todo lo ve y todo lo oye. Si las dejaras indemnes, ocupándote tan sólo en preparar tu vuelta, aun llegaríais a Ítaca, después de soportar muchas fatigas; pero, si les causares daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus amigos. 150 Diciendo así, el alma del soberano Tiresias se fue a la morada de Hades apenas hubo proferido los oráculos. Mas yo me estuve quedo hasta que vino mi madre y bebió la negruzca sangre. Me reconoció de súbito y díjome entre sollozos estas aladas palabras: —¡Hijo mío! ¿Cómo has bajado en vida a esta obscuridad tenebrosa? ¿Vienes acaso de Troya, después de vagar mucho tiempo con la nave y los amigos? ¿Aun no llegaste a Ítaca, ni viste a tu mujer en el palacio? La desdichada espera en tu palacio con el ánimo afligido y pasa los días y las noches tristemente, llorando sin cesar. Nadie posee aún tu hermosa autoridad real: Telémaco cultiva en paz tus heredades y asiste a decorosos banquetes, como debe hacerlo el varón

que administra justicia, pues todos le convidan. Tu padre se queda en el campo, sin bajar a la ciudad, y no tiene lecho ni cama, ni mantas, ni colchas espléndidas. Así morí yo también, cumpliendo mi destino: no me acometió enfermedad alguna de las que se llevan el vigor de los miembros por una odiosa consunción; antes bien la soledad que de ti sentía y la memoria de tus cuidados y de tu ternura, preclaro Odiseo, me privaron de la dulce vida. Así se expresó. Quise entonces efectuar el designio, que tenía formado en mi espíritu, de abrazar el alma de mi difunta madre. Tres veces me acerqué a ella, pues el ánimo incitábame a abrazarla; tres veces se me fue volando de entre las manos como sombra o sueño. Entonces sentí en mi corazón un agudo dolor que iba en aumento, y dejé en su lugar a la sombra de mi madre...

Las sirenas:

Hicimos andar la nave muy rápidamente. Y, al hallarnos tan cerca de la orilla que allá pudieran llegar nuestras voces, no se les encubrió a las sirenas que la ligera embarcación navegaba a poca distancia y empezaron un sonoro canto: —¡Ea, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra boca; sino que se van todos después de recrearse con ella, sabiendo más que antes; pues sabemos cuántas fatigas padecieron en la vasta Troya argivos y teucros, por la voluntad de los dioses, y conocemos también todo cuanto ocurre en la fértil tierra. Esto dijeron con su hermosa voz. Se sintió mi corazón con ganas de oírlas, y moví las cejas, mandando a los compañeros que me desatasen; pero todos se inclinaron y se pusieron a remar. Y, levantándose al punto Perimedes y Euríloco, me ataron con nuevos lazos, que me sujetaban más reciamente. Cuando dejamos atrás las sirenas y ni su voz ni su canto se oían ya, se quitaron mis fieles compañeros la cera con que había yo tapado sus oídos y me soltaron las ligaduras.

El reencuentro:

Muy alegre se encaminó la vieja a la estancia superior para decirle a su señora que tenía dentro de la casa al amado esposo. Apenas llegó, moviendo firmemente las rodillas y dando saltos con sus pies, se inclinó sobre la cabeza de Penélope y le dijo estas palabras:

—Despierta, Penélope, hija querida, para ver con tus ojos lo que ansiabas todos los días. Ya llegó Odiseo, ya volvió a su casa, aunque tarde, y ha dado muerte a los ilustres pretendientes que contristaban el palacio, se comían los bienes y violentaban a tu hijo. La dulce esposa bajó de la estancia superior revolviendo en su corazón muchas cosas: si interrogaría a su marido desde lejos, o si, acercándose a él, le besaría la cabeza y le tomaría las manos. Después que entró en la sala, trasponiendo el pétreo umbral, fue a sentarse enfrente de Odiseo, al resplandor del fuego en la pared opuesta, pues el héroe se hallaba sentado de espaldas a una elevada columna, con la vista baja, esperando si le hablaría su ilustre consorte así que en él pusiera los ojos. Mas Penélope permaneció mucho tiempo sin desplegar los labios por tener el corazón estupefacto: unas veces, mirándole fijamente a los ojos, veía que aquél era realmente su aspecto; y otras no le reconocía a causa de las miserables vestiduras que llevaba. Y Telémaco la increpó con estas voces: —¡Madre mía, ninguna mujer se quedaría así, con ánimo tenaz, apartada de su esposo, cuando él después de pasar tantos males, vuelve en el vigésimo año a la patria tierra. ¿Acaso tu corazón es más duro que una piedra? Le respondió la discreta Penélope: —¡Hijo mío! Estupefacto está mi ánimo en el pecho, y no podría decirle ni una sola palabra, ni hacerle preguntas, ni mirarlo de frente. Pero, si verdaderamente es Odiseo que vuelve a su casa, ya nos reconoceremos mejor; pues hay señas para nosotros que los demás ignoran. Pero cuando el divino Odiseo describió con detalle el dulce tálamo que él hiciera con sus propias manos, la dulce Penélope sintió desfallecer sus rodillas y su corazón, al reconocer las señales que Odiseo daba con tal certidumbre. Al punto corrió a su encuentro, derramando lágrimas, le echó los brazos alrededor del cuello, le besó en la

cabeza y en los ojos, y Odiseo lloraba, abrazado a su dulce y honesta esposa. Así como la tierra aparece grata a los que vienen nadando porque Poseidón les hundió en el ponto la bien construida embarcación, haciéndola juguete del viento y del gran oleaje; y unos pocos, que consiguieron salir nadando del espumoso mar al continente, vestido el cuerpo de sal, pisan la tierra muy alegres porque se ven libres de aquel infortunio: pues de igual manera le era agradable a Penélope la vista del esposo y no le quitaba del cuello los niveos brazos. Después que los esposos hubieron disfrutado del deseable amor, entregáronse al deleite de la conversación. La divina entre las mujeres refirió cuánto había sufrido en el palacio, herida de la soledad de Ulises y Odiseo le contó sus extraordinarias aventuras, y el sueño no se puso en sus ojos hasta el fin del relato.

“La Iliada” y “La Odisea”, dos formas de entender la vida contrapuestas:

“Areté” –virtud– y “agathós” –bueno, noble– son los dos términos que designan en la Iliada las cualidades humanas más estimadas. Agathós es el guerrero capacitado y valiente que, en tiempo de guerra, obtiene el éxito, y en tiempos de paz, goza de las ventajas sociales inherentes a su condición. No se tolera la derrota, el ideal aristocrático era “ser siempre el mejor y estar por encima de los otros”. No se requieren otras cualidades éticas para hacerse digno de tal mención. Los héroes de la Iliada pueden actuar de forma desproporcionada, sin que se les censure por ello, su ideal no es el de la alegría de vivir con la conciencia tranquila, sino el de hacerse inmortales a través de sus hazañas, que serán recordadas de generación en generación. La obra es un reflejo de la dura sociedad micénica, una sociedad guerrera basada exclusivamente en los presupuestos bélicos de victoria o derrota, fama o humillación pública. Aquiles es el prototipo de héroe guerrero, toda la obra trata sobre su cólera y las terribles consecuencias que provocó, es el más bello y fuerte de los griegos, pero su razón no es capaz de controlar sus pasiones, es obstinado y duro, a veces cruel, su íntimo amigo Patroclo que lo conoce y quiere más que nadie se lo dice “cruel en verdad no fue tu padre, el noble Peleo, ni Tetis, tu madre; la mar terrible te dio a luz y las rocas escarpadas, porque dura e inexorable es tu alma”. El troyano Héctor, notable en muchos aspectos, puede mostrarse también brutal: le corta la cabeza a Patroclo, que era dulce y afectuoso y amado por todos, y la clava en una lanza para exhibirla ante los troyanos. Más tarde Aquiles ultrajará el cadáver de Héctor para vengar esta ofensa y tratar de apagar el dolor que siente su alma por la pérdida del amigo.

Podemos decir que la Iliada es el poema de la guerra, y por ello termina trágicamente, en medio de destrucción, muerte y dolor, frente a la Odisea, que es el poema de la paz y tiene un final feliz, con el ansiado encuentro de Odiseo con su esposa, su hijo y su tierra.

La Odisea nos muestra el tránsito a una sociedad menos centrada en la guerra y la conquista, más pacífica y estable, donde la nueva moral griega da más importancia a los valores humanos espirituales, donde la areté ya no se consigue por la fuerza o el origen aristocrático, sino por el grado de inteligencia, justicia, prudencia y templanza que los hombres adquieran.

Odiseo no tiene ilustres dioses en su familia, quiere primero no ir a la guerra y al final es él el que consigue con su astucia la victoria, sin coste humano para los griegos, no es el protegido de Ares, dios de la guerra destructiva, sino el de Atenea, diosa de la sabiduría y la estrategia militar, que prima siempre la inteligencia sobre la fuerza bruta. En la Odisea aparece el pueblo llano (mendigos, porquerizos, cabreros, sirvientes, pastores, etc.), inexistente en la Iliada. Odiseo es un nuevo tipo de héroe, el héroe de la experiencia, sabe que debe esforzarse para conseguir lo que quiere, que la vida nos pone delante muchas dificultades que debemos superar con paciencia e inteligencia, y que la fuerza y la violencia no solucionan nunca nada de forma definitiva. Euríalo, un noble feacio, reprocha a Odiseo que su aspecto no es el de un héroe, incluso ni el de un atleta. Odiseo le responde: “En

cambio tu figura es espléndida, semejante a la de un dios; pero de mente eres pobre e insensato, y no sabes que la fuerza y belleza del cuerpo valen mucho menos que la del alma”. por primera vez en la literatura universal aparece aquí la expresión de la superioridad de la inteligencia sobre la fuerza.

Mucho más cercano a nosotros que los héroes de la *Iliada* es Ulises un eterno ideal de Humanidad, el héroe preferido de los griegos que, desde este momento desarrollarán una civilización admirable, y uno de los grandes mitos inmortales del espíritu humano. La propia Atenea explica porqué lo prefiere a él sobre todos “Por eso no puedo abandonarte en tus desgracias, porque eres civilizado, inteligente y sabes dominarte”. Con estas tres palabras designa la diosa de la sabiduría las tres cualidades del carácter de Ulises que forjarán el nuevo ideal de hombre: *justicia, prudencia y templanza*.

Ulises no ha elegido la gloria o la inmortalidad, sino el amor de la familia y de la tierra, y poder vivir la vida humilde y simple de un hombre.

Deberes Tema 1.1.: Los poemas homéricos: argumento y características

- 1.- Haz un resumen del tema (máximo 1 folio por las dos caras).
- 2.- En el canto XXIII de la “*Iliada*” Aquiles manifiesta su dolor por la muerte de Patroclo, 28 siglos después Miguel Hernández escribirá una famosa elegía a la muerte de su amigo Ramón Sijé. Compara ambos textos y explica cómo expresan autores tan lejanos sus sentimientos ante un hecho similar, la muerte del amigo más querido a una edad tan temprana:

Iliada, XXIII 65 y ss:

Se quedó Aquiles, dando profundos suspiros, a orillas del estruendoso mar, en un lugar limpio donde las olas bañaban la playa; pero no tardó en vencerle el sueño, que disipa los cuidados del ánimo, esparciéndose suave en torno suyo; pues el héroe había fatigado mucho sus fornidos miembros persiguiendo a Héctor alrededor de la ventosa Troya. Entonces vino a encontrarle el alma del mísero Patroclo, semejante en un todo a éste cuando vivía, tanto por su estatura y hermosos ojos, como por las vestiduras que llevaba; y poniéndose sobre la cabeza de Aquiles, le dijo estas palabras: —¿Duermes, Aquiles y me tienes olvidado? Te cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Hades. Dame la mano, te lo pido llorando; pues ya no volveré del Hades cuando hayáis entregado mi cadáver al fuego. Ni ya, gozando de vida, conversaremos apartados de los amigos; pues me devoró la odiosa muerte que el hado cuando nací me deparara. Y tu destino es también, oh Aquiles, semejante a los dioses, morir al pie de los muros de los nobles troyanos. Otra cosa te diré y encargaré, por si quieres complacerme. No dejes mandado, oh Aquiles, que pongan tus huesos separados de los míos: ya que juntos nos hemos criado en tu palacio, así también, una misma urna, la ánfora de oro que te dio tu veneranda madre, guarde nuestros huesos. Le respondió Aquiles, el de los pies ligeros: —¿Por qué, caro amigo, vienes a encargarme estas cosas? Te obedeceré y lo cumpliré todo como lo mandas. Pero acércate y abracémonos, aunque sea por breves instantes, para saciarnos de triste llanto. Y diciendo esto, le tendió los brazos, pero no consiguió asirlo: se disipó el alma cual si fuese humo y penetró en la tierra dando chillidos. Aquiles se levantó atónito, dio una palmada y mandó a los belicosos mirmidones que tomaran las armas y unieran los caballos: y ellos se levantaron, vistieron la armadura, y los caudillos y sus aurigas montaron en los carros. Iban éstos al frente, les seguía la nube de la copiosa infantería, y en medio los amigos llevaban a Patroclo, cubierto de cabellos que en su honor se habían cortado. El divino Aquiles le sostenía la cabeza, y estaba triste porque despedía para el Hades al eximio compañero. Entonces, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, tuvo otra idea: separándose de la pira, se cortó la rubia cabellera que conservaba espléndida y exclamó, apenado, fijando los ojos

en el vinoso mar: —daré mi cabellera al héroe Patroclo para que se la lleve consigo. Y a todos les excitó el deseo de llorar. Tetis, la diosa de los argentados pies, acudió a sacar a su hijo de una tristeza infinita. Bajando en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo llegó a la tienda de su hijo: éste gemía sin cesar, y sus compañeros se ocupaban diligentemente en preparar la comida, habiendo inmolado una gran de y lanuda oveja. La veneranda madre se sentó muy cerca del héroe, le acarició con la mano y le habló en estos términos: —¡Hijo mío! ¿Hasta cuándo dejarás que el llanto y la tristeza roan tu corazón, sin acordarte ni de la comida ni del concúbite? Bueno es que goces del amor con una mujer, pues ya no vivirás mucho tiempo: la muerte y el hado cruel se te avecinan. Y ahora préstame atención, pues vengo como mensajera de Zeus. Dice que los dioses están muy irritados contra ti, y él más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndote retienes el cadáver de Héctor en las corvas naves y no permites que lo rediman. Ea, entrega el cadáver y acepta su rescate.

Elegia a Ramon Sijé:

Yo quiero ser llorando el hortelano / de la tierra que ocupas y estercolas, / compañero del alma, tan temprano. Alimentando lluvias, caracolas / y órganos mi dolor sin instrumento, / a las desalentadas amapolas / daré tu corazón por alimento. / Tanto dolor se agrupa en mi costado, / que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal te ha derribado. / No hay extensión más grande que mi herida, lloro mi desventura y sus conjuntos y siento más tu muerte que mi vida. Ando sobre rastrojos de difuntos, y sin calor de nadie y sin consuelo voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo, temprano madrugó la madrugada, temprano estás rodando por el suelo. No perdono a la muerte enamorada, no perdono a la vida desatenta, no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta de piedras, rayos y hachas estridentes sedienta de catástrofe y hambrienta Quiero escarbar la tierra con los dientes, quiero apartar la tierra parte a parte a dentelladas secas y calientes. Quiero minar la tierra hasta encontrarte y besarte la noble calavera y desamordazarte y regresarte...

3.- El poeta latino Ovidio inventa una carta de Penélope a Ulises en su obra “Heroidas”. Léela y después inventa tú una carta de respuesta en la que Ulises exprese sus pensamientos y sentimientos hacia Penélope. Intenta cuidar la belleza del texto y la precisión del lenguaje, a la manera de Ovidio (Mínimo 150 palabras).

Haec tua Penelope lento tibi mittit, Ulixee
nil mihi rescribas attinet: ipse veni!

Estas líneas te las envía tu esposa Penélope a ti, Ulises, que tanto tardas. Pero no me escribas ninguna respuesta, ven tú en persona, ¡Ojalá las encrespadas aguas hubieran sumergido al adúltero cuando navegaba con su flota rumbo a Lacedemonia! No me hubiera acostado yo, helada, en lecho sin compañía, no me quejaría en mi abandono del lento correr de los días, ni fatigaría mis manos de viuda en lienzo colgante, mientras intento engañar con él las horas largas de la noche. Cosa es el amor llena de temor angustioso. Imaginaba que los troyanos violentos iban a ir contra ti. Al oír el nombre de Héctor, palidecía siempre. En suma siempre que alguien era degollado en el campamento aqueo, mi corazón de amante se ponía más frío que el hielo. Pero la divinidad justa tuvo buen cuidado de mi casto amor. Troya se ha convertido en cenizas, escapando sano y salvo mi marido. Tú, sin embargo, a pesar de la victoria, permaneces lejos y no me es dado saber cuál es la causa de tu retraso o en qué rincón, ¡oh más duro que el hierro!, te escondes. ¿Qué tierras habitas o dónde te demoras lejos de

nosotros? No sé qué temer; aun así lo temo todo. Todos los peligros del mar, todos los de la tierra, sospecho son motivos de tu larga tardanza, o acaso, ¿estás cautivo de un amor extranjero? ¡Ojalá me equivoque y esta acusación se desvanezca en los aires ligeros! ¡Ojalá no sea tu deseo el de estar lejos, pudiendo regresar! Todo el que dirige su popa extranjera hacia estas costas, se marcha de aquí no sin antes haberle hecho yo muchas preguntas sobre tu persona. Y se le entrega un papel, escrito con estos mis dedos, para que, a su vez, te lo entregue a ti, si te viera en algún lugar. Mi padre Icaro me insta a dejar el lecho de viuda e increpa constantemente mi prolongada tardanza. ¡Que siga increpándome, si quiere!, yo, Penélope siempre seré la esposa de Ulises. Pretendientes de Duliquio y Samos, corren en mí busca y dan órdenes en tu palacio sin que nadie se lo impida, destrozan mis entrañas y tus riquezas. Pero Laertes, ya inútil para las armas, no puede mantener tu reino en medio de enemigos, y tampoco yo tengo fuerzas para expulsar del palacio a nuestros enemigos. Apresúrate tú, puerto y altar de los tuyos. Piensa en Laertes: está aplazando el último día de su destino para que, cuando llegues, le cierres los ojos.

Tuya soy, para siempre, tu Penélope.

- 4.- El poeta griego K. Kavafis (1863-1933) escribió un conocido poema “Viaje a Ítaca”. Haz un pequeño comentario del mismo. ¿Crees que es más importante el viaje o la meta? ¿Por qué? ¿Qué significan, según este poema, las Ítacas?

Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca / debes rogar que el viaje sea largo, / lleno de peripecias, lleno de experiencias. / No has de temer ni a los lestrigones ni a los cíclopes, / ni la cólera del airado Posidón. / Nunca tales monstruos hallarás en tu ruta / si tu pensamiento es elevado, si una exquisita / emoción penetra en tu alma y en tu cuerpo. / Los lestrigones y los cíclopes / y el feroz Posidón no podrán encontrarte / si tú no los llevas ya dentro, en tu alma, / si tu alma no los conjura ante ti. / Debes rogar que el viaje sea largo, / que sean muchos los días de verano; / que te vean arribar con gozo, alegremente, / a puertos que tú antes ignorabas. / Que puedas detenerte en los mercados de Fenicia, / y comprar unas bellas mercancías: / madreperlas, coral, ébano, y ámbar, y perfumes placenteros de mil clases. / Acude a muchas ciudades del Egipto / para aprender, y aprender siempre más de quienes saben. / Conserva siempre en tu alma la idea de Ítaca: / llegar allí, he aquí tu destino. / Mas no hagas con prisas tu camino; / mejor será que dure muchos años, / y que llegues, ya viejo, a la pequeña isla, / rico de cuanto habrás ganado en el camino. / No has de esperar que Ítaca te enriquezca: / Ítaca te ha concedido ya un hermoso viaje. / Sin ellas, jamás habrías partido; / mas no tiene otra cosa que ofrecerte. / Y si la encuentras pobre, no es que Ítaca te haya engañado. / Siendo tan viejo, con tanta experiencia y sabio, / sin duda sabrás ya qué significan las Ítacas.